



jader rivera monje

antología

Arquitrave

Jader Rivera Monje

antología

Arquitrave

Antología

© Jader Rivera Monje

© Arquitrave Editores

www.arquitrave.com

Edición y diseño Harold Alvarado Tenorio - Héctor Hernán Gómez

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Los hijos del bosque

Relación de los hijos del bosque

Estos son los hijos del bosque
en el tiempo en que aún eran pequeños:

Ricardo, que se mete debajo del agua
y siempre está húmedo
y tiene los ojos tan bellos que hace decir
a las mujeres:
«...este niño le ha robado los ojos a las ranas.»

Antonio, el pajarero,
el que se sube en el techo de la casa,
sobre la verde techumbre de los montes,
a pleno sol,
cuando el sol enseguece,
y hace decir a la madre:
«...baja de ahí, hijo mío,
que si te caes me partes el alma.»

Manuelito, el de amplia sonrisa;
el que hace decir a la abuela:
«...no te rías tanto, hijo mío,
no sea que la risa te afloje las muelas.»

Gabriel, el de bello torso,
el que se lo pasa con su padre debajo de los árboles,
y con su padre canta
cada vez que descuajan los bosques:
«...voy a hacerte una cama con el árbol de bilibil
para retozar contigo a la hora del descanso.»

Y Laura, que patea duro como un caballo

y se sube como una ardilla a los cachingos
y se come los frutos más dulces
por estar más altos.

Luzdary, la de ojos entornados,
que pareciera estar siempre a punto de entrar
o salir de la noche,
la que hace decir al abuelo:
«...recógete el pelo, muchacha,
no sea que te ahorques en un sueño.»

Marleny, la mayor,
la que se despioja en la baranda,
todas las tardes,
siempre,
cuando mira de reajo
el juego de los hermanos.

Y el que aún no tiene nombre,
el más pequeño de todos,
el que nacerá mañana en la hora nona,
y no ha pronunciado palabra
y ahora te está contando
la relación de los hijos del bosque.

Hay una mujer

Hay una mujer que ronda
los oscuros corredores de esta casa
en la hora en que se apaga toda lumbre
y emergen los murmullos de la tierra.
Hay una mujer que llama a la puerta de roble
donde duermen los hombres desnudos
y pregunta:
«¿Estás ahí, Esteban? ¿Estás ahí?»

Hay una mujer que se apaga
con la brisa que viene por encima de los cafetales
y hondea en las hojas anchas de los plátanos.
Una mujer que se tiende entre los hombres
y los hace estremecer en sueños.
Una mujer hecha de piel, tibia,
que siempre pregunta por Esteban.

*(Esteban se ha ido, Señora.
A Esteban lo mataron los hermanos)*

Hay una mujer que ronda
los oscuros corredores de esta casa
en la hora en que se apaga toda lumbre
y todos en el mundo bajan los párpados.
Hay una mujer que se pone a llorar
sobre los bancos de madera,
y dice cosas que nadie entiende
y luego se va con la primera luz del día.

Nocturno

En el alto portal la noche espera,
alumbrada por los astros.
En la pequeña estancia la penumbra perdura,
y en ella, callado e ingrátido,
el hermano menor se dobla como hierba marchita,
marchitos los ojos de sueño.
Mas su sangre vela alta, poderosa,
atenta a la promesa de amor
en los labios de las mujeres.

Y ahora viene la lluvia.
Desde lo alto de los cedros una lluvia blanda desciende.
Por entre el ruido verde de los cafetales,
por entre la oscura acequia viene dando gritos el agua.
Y el hermano menor por fin se duerme;
el poderoso arrullo de las aguas en sus sienas,
el poderoso arrullo y las mujeres susurrantes.

Las mujeres tibias y tersas,
trémulas de amor en los rincones.
*«¿Nos amarás algún día? -le dicen, repiten-
¿Nos amarás algún día?»*

En la áurea copa donde la noche se derrama y se consume
el aire tiene olor de cuerpos tatuados con besos y caricias.
El abrazo febril de piel sinuosa y húmeda,
tibia enredadera de piel que ata los altivos miembros,
circunda y abreva el aliento de las bocas.
Así el hermano menor sumido en el sueño.

Mañana, cuando resplandezcan los blancos muros del alba,
dorados de luz los largos corredores donde
agoniza la infancia,
el hermano menor, como otro sol entre soles,
emergerá del sueño
y querrá ocultar su rostro en la penumbra.
Se ocultará en lo hondo de los montes
donde la hierba es muda
y la humedad puebla de alacranes las hojas.

Pero he aquí que aún no es el tiempo.
Aún no ha llegado la hora
en que el sol abra sus párpados ardientes.
Aún es la noche,
y la noche espera y grita azotada
por el agua y el viento.

El hermano menor, distantes los blancos muros del alba,
sueña, los labios entreabiertos, el cuerpo viril, agigantado;
el pecho joven, suspirante,
y esos brazos amorosos, tendidos, aferrados
a los cuerpos impalpables de las mujeres.

Háblame con tu voz de hojas suaves

Háblame con tu voz de hojas suaves
y tu savia melodiosa en lo alto del viento.
Háblame del viento o del cielo,
de la muchedumbre de pájaros que anidan
en tus noches.

Háblame de las vastas noches estelares
que salpican de estrella todo ojo humano.
Y del cansancio de los hombres,
cuando oscuros se tienden sobre el lecho,
como otra sombra más sobre tus hojas.

Hoy es un día sin orillas.
Háblame de este día, del trabajo,
del dolor que va de un año a otro sin descanso.

Y dime,
prométeme que pasado los años convenidos,
bajo la felposa oscuridad de mi muerte,
tus manos verdes cerrarán mis párpados
y te quedarás a mi lado, velando mi sueño...

Háblame con tu voz de hojas suaves
y tu savia melodiosa en lo alto del viento.
Y dime si tu voz puede alcanzar las nubes fugaces
que se detienen al borde de mis ojos,
y huyen, de pronto, espantadas por mi perro.

Cuéntame de tu silencio.
Enséñame a callar con tu verde palabra.
Y extiende sobre mi frente la beatitud de la hoja
como un beso más que me diera mi madre.

Canción del verde

Del árbol de iguá manara verde sombra,
a trechos de aire, sobre las negras cabelleras.
Extendiera el cielo su temblor de hoja
y en una hoja sola cantaran las lavanderas.

Del árbol de iguá manara verde sombra,
sombra de agua verde, de verde viento en la copa.
Si viniese el verde por entre la frondosa distancia,
el sol alto en el cielo,
el verde verde fresco sobre la mano morena...

El agua pasa, pasa y canta entre raíces.
La hierba a los pies de la hierba;
la hierba a los pies del árbol y del ave.
En la alta copa canta un ave a las lavanderas
y las lavanderas florecen al ritmo del trino y del agua.

Si viniese un ala verde,
en verdes cantos los ángeles del cielo,
en tropel sobre la tierra,
desbocados y atroces los veranos,
el sol sería verde sobre las negras cabelleras
y orlaría en verde los acentos de este canto.

Extendiera el árbol de iguá su amorosa mano
sobre el río y sobre las mujeres morenas;
grande sería la dicha, grata la piel húmeda y sinuosa,
y los labios verdes,
la boca verde para enjuagarle a besos
el rostro a las lavanderas.

El cucarachero

De entre todas las aves,
dile al cucarachero que me cante.
Arpegio de luz en mi ventana,
temblor del sol que canta su nacimiento
y transmite el trémulo cantar a la hierba.

Opaco de complejión,
el cucarachero es músico que canta
con los ojos entornados.
Y salta entonces la conmovedora fuerza
de la vida palpitando en su garganta.

Sucio de inmundicias,
no hay mejor cantor en las soleadas mañanas.
Sólo el toche en el verde limonero le madruga,
resplandor irisado del plumaje,
acorde de flauta en fuego y brisas encendida.

Yo los escucho recostado en mi cama.
Y al final todo es un concierto
de un miserable que se sublima en el canto
y de un príncipe de luz herido en la contienda.

Canta el toche

Canta el toche entre las hojas de los caimos.
Canta y su canto me es agua derramada.
Me es agua y dulce fuente, en la plétora del día.

El sol es bueno cuando alumbra las auroras;
pero en el cenit, te lo digo,
en el sopor de las hierbas marchitas,
es duro como un anciano padre,
intolerante con sus hijos.

Sólo el toche canta y me entenece al mediodía.
En la espantosa quietud de la siesta o de la muerte,
él parece ser el único vivo
de entre todos mis hermanos.

Aquí yace mi perro

Aquí yace mi perro sobre los floreados baldocines.
Es lunes, bajo el esplendor de este cielo jubiloso.
Lunes tenía que ser
entre el vasto silencio de distancias
y el triste crujir de las materas de los helechos.

Aquí duerme mi perro la siesta de los días apacibles.
Duerme, mas no sé apenas baja los párpados
en qué gloriosas batallas se debate,
bajo qué cielos azules, bajo qué soles extranjeros,
su pecho viene herido, gritando por los campos su sangre.

Aquí yace mi perro. Es lunes.
Lunes tenía que ser para contemplarle dormido;
así, como en las noches él contempla y vela mi sueño.

Aquí duerme
mientras crujen tristemente las materas de los helechos,
y alguien viene a mis espaldas y pregunta:
¿Ese es tu perro?
¿Tu perro amado entre miles de perros?

Era el viento...

Era el viento...

Era el viento y su voz alargándose
los cabellos de la vigilia.
El viento hablaba como un río en los cañaverales,
en la alta y oscura joroba de la loma.
¿Y era su voz un cause cierto?
¿Un torrente poderoso sobre el oceánico
oleaje de las sombras?

Era el viento...

El viento entraba a mi cuarto,
movía la lámpara que colgaba del techo,
la luz amarilla de esa lámpara que hacía oscilar los contornos
de la noche.

Era el viento...

El viento andaba por el patio de la casa,
entre hierbas y árboles de mangos;
echaba por tierra la sombra de mis muertos,
derribaba los gatos de los tejados
y le arrancaba las plumas a las palomas somnolientas.

Era el viento...

Era el viento sobre el mundo, mientras yo, tendido,
absorto, desvelado, iba en pos de su espíritu
y sorbía el polvo de sus pisadas .

Exhortación del anciano venerable

Cuando suene el viento en los almendros,
te ha de conmover el caer de una hoja.

Y si eres inteligente,
has de comprender que el silencio de la tarde
tiene en algo la culpa de la caída.

Cuando cae una hoja
es como si cayera un hombre:
nadie se da por enterado.

Tú mil veces has caído
e inclusive,
hay días,
hay años
en que en ti mismo persiste la indiferencia.

Si se cae una hoja en la noche

Si se cae una hoja en la noche,
una hoja sola que nadie escucha.
Si se cae y sólo yo, en la casa de mi padre,
abro los ojos y grito...

Si se cae, en el bosque,
una sola hoja suelta de tristeza y espanto,
una hoja sola en el viento,
y la escucho,
la escucho desde el fondo del alma caer...

¡Cuánto dolor de sombra,
de abandono, de infinita indefensión de hombre!
¡Cuánta falta de Dios
y de arrojarse llorando a sus pies!...

Si se cae una hoja en la noche,
una sola hoja que nadie,
sólo mi oído,
escucha,

Qué más pedir sino piedad:
¡Piedad para el que cae, oh Bosque de Sombra!
¡Piedad para el que abre los ojos y grita!

Cantan las ranas

Cantan las ranas.
Por entre los humedales
ascienden los cantos
y llenan toda la tarde.

Mi padre orina, pudorosamente,
contra un árbol.
Piensa en la deuda del banco.

Mas yo sólo escucho
el canto de las ranas.
Yo solo escucho
el murmullo incesante
y el descenso silencioso de la noche.

Hace viento.
El viento salta de un árbol al cielo,
del cielo a los humedales
y dobla un junco.

Pero mi padre no lo siente.
Piensa en la deuda del Banco.

En mí están,
me arrullan en la noche el canto de las ranas.
Cobíjanme los pies las sombras
y una estrella inmensa guía mis sueños.

Mas mi padre está a oscuras,
a oscuras está su alma.
Y no duerme.

¡No duermen sus ojos de luna llena
atormentando las sombras!.

Y está triste mi padre, está triste.
Piensa en la deuda del banco
y le da lástima su hijo imbécil.

Lamentación del hermano

Padre nuestro que estás en los árboles,
en las hojas, junto al nido de los toches;
que estás en el canto del gallo
de las tres de la tarde,
y en el niño que monta en bicicleta.

Padre Nuestro que estás
en el sol que nace y envejece la noche,
en los pies desnudos que abren caminos,
en los tallos verdes y las manos sangrantes.

Padre Nuestro,
tú, que al mundo le dices que me amas,
tiéndete a la diestra del cadáver de mi hermano,
y provócame un llanto al borde de los ojos,
y un grito,
como si del pecho te arrancaran el alma.

Padre nuestro tú que estás
en el canto del gallo de las tres de la tarde,
en los hombres que se van,
en los caminos que transité y no olvido.

Padre mío, padre santo
que sabes callar y te alimentas de silencio,
tú que estás en la frente de mi madre,
a oscuras y alto y pensativo,

Ven, desciende a este mundo,
desata mis sandalias, tritúrame el llanto,
apriétame duro contra tu pecho.

La noche es vasta

La noche es vasta entre tantas soledades.
En mi puñadito de cielo no cabrían todos los astros.
En mi cuerpo de agua no cabrían todos los mares.
Mas aquí, en este pequeño rincón del alma,
la noche hierve en ruidos y doradas revelaciones.

Relumbra de un tesoro oculto por los años,
excavado con una sola mirada,
la noche cambia de piel
y murmura dichosa sobre el campo.

Sólo falta la caricia esperada y el beso.
El amor que aún no se atreve a llamar a la puerta.
Sólo falta la presencia de los hombres,
el saberse uno amado por los que ama.

Mas la noche es grande en su vasto imperio.
La noche impera en los sentidos
y por un instante se siente uno amado,
habitado por ese otro ser que gravita en el aire,
la presencia de lo inescrutable,
acaso la presencia de Dios
que vierte su agua sobre mi cabeza.

La acequia

Esta noche el agua mansa de la acequia
ha rebasado las bases de nuestra casa
y vienen dando gritos sobre su pardo lomo
los tristes vegetales,
las hojas anchas
y los grandes árboles que creíamos eternos.

Vienen revueltos con el lodo
recónditos frutos y henchidas flores,
los ojos de las ranas
y los oscuros ojos de los alacranes.
Vienen y pasan, frente a nuestra puerta,
los escombros de un gorrión
que sin tregua cantaba en los guaduales.

Y mi padre dice:
He ahí la muerte, hijo mío.
Las blancas alas del día manchadas de barro.
Eso dice.
Y se hunde grave y pesaroso
en la honda penumbra donde el miedo silba
con su boca redonda de labios brillantes.

Esta noche ha caído una lluvia de aguas inclementes
que ha ensordecido con sus gritos los sembrados
y ha tornado la dulce mansedumbre de la acequia
en una pavorosa procesión de vegetales
y animales muertos.

Invocación

Conmuéveme el bello resplandor de los cafetales,
y a esta hora del día
el murmullo balsámico de las flores blancas.
Atórméntame, no obstante,
los insectos iracundos de venenos,
el relámpago del sol en las frentes amplias y quemadas.

Rodéame un viento antiguo de naranjas desgarradas,
y en la voz del viento, tu voz,
sobre la verde ladera que sembrara nuestro padre.
Arrúllame el agua de la acequia
bordeada de vegetales ruidos,
la acequia que ronda nuestra casa
y lame como un perro las manos toscas de la piedra.

Porque hoy como nunca he vuelto a subir a las montañas
y sobre la cumbre más alta he visto relumbrar
el vuelo de la luz
sobre el lomo de las aves,
y he recorrido de nuevo los montes, desnudos los pies,
colmadas las pupilas de sangre y penumbras vegetales.

Porque me he asomado de nuevo a los abismos,
a los hondos abismos que el viento
y el polvo vadean cantando;
y he arrojado por ti una piedra,
un guijarro pequeño a ese río,
a esa vida que pasa allá abajo,
entre rocas, como toro salvaje.

Porque al final del trabajo
y por primera vez en la vida me he sentido solo,
profundamente solo en esta tierra de nadie,
vuelve, torna, a estos campos habitados por tu amigo.

Ven, siéntate a mi diestra,
bajo la fresca techumbre donde anida el cucurachero.
Suprime con tu canto el torvo ruido de los corredores,
la ciega crueldad de los hombres sin ley y sin patria.
Vuelve, torna de entre los muertos y vámonos al monte,
entre rojas granadas y oscuros frutos de la sombra...

Circúndame hoy por siempre la noche de vegetales ruidos
al borde de mi cuarto
como un mar batiente contra los costados de una barca.
Circúndame la brisa que trae entre humedades tu recuerdo,
pequeño amigo,
mas no apacigua mi alma,
mi alma sorda de estridente ruido
en el duro transcurso de estos años.

Este sueño de hojas blandas

Este sueño de hojas blandas,
sueño de árboles y perros amarillos,
es el sol, el bello sol que mata.

Nada.
Ni una nube.
Ni una alita de lluvia. Todo está seco.

Madre, tú que estás en el cielo, dinos:
¿hemos caído en desgracia?
¿Qué cosas te saben murmurar las nubes?

En el fondo,
no hemos dejado de soñar con el agua.
El agua pasa por debajo del mundo
y murmura una vida de bondades.

Quizás moriremos esta tarde, Madre mía.
Moriremos tal vez soñando con los ríos
y los prados verdes.

Canción del agua

...y éste es el milagro de la vida en el agua;
de la vida, cuando la lluvia baja de los cielos
y tiembla desnuda en la punta de las hojas.

Esta es la barahúnda de los peces en el agua,
de los musgos y los hombres
que abrevan y cantan a la orilla de los ríos.

Esta es el agua que hace florecer los ojos
y la boca con canciones.
La tierra es boca de labios abiertos.
La tierra canta.

Cantos son los undosos pastizales,
la bella rama verde
o las aves que navegan libres en el cielo.

Cantos el húmedo temblor de la hierba,
el ojo del hombre sobre la verde distancia,
el áureo sudor de los jóvenes cuerpos
y bajo los cuerpos,
el tropel desbocado de la sangre...

*(¿Quién fuera cantor para cantarle al agua?
¿Quién cantara a manos llenas,
trémulo y desnudo,
el prodigio de las nubes, el prodigio de los ríos,
el prodigio de los aljibes y los lagos?...)*

...y esta es el agua,
el agua que brega por cantar mi pecho.

El agua que besa mis pies descalzos,
el agua que anuncia el viento,
la voz húmeda del agua en las hondas tempestades,
los líquidos potros del agua desbocados por el mundo,
los bellos gritos del agua, atroces en el cielo.

Canción del cielo azul

¿Quién, bajo el sol, es lampo o ave de luz esplendorosa?
¿Quién vuela, quién estremece con sus alas el azul,
el hondo azul de los cielos de Colombia?

El cielo es el mar.
Voy a arrojar una piedra a los mares de esos cielos;
mi alma-piedra sin fin cayendo,
temblando
en su caer infinito.

Cae, cae hondo, alma mía,
a las trémulas aguas de esos mares;
allí, donde navegan el cóndor y las nubes de la patria.

¿Quién que tenga boca no terminaría cantando?
¿Quién que tenga ojos bajaría los párpados?
El bello azul entra todo por los ojos y levita,
como esa ave en el alma.

¿Dónde aletea el azul profundo su silencio?
¿Dónde la vida es bella y cesa el dolor al infinito?
La vida me atraviesa y no me duele.
La vida toda en mí como un latido gigantesco.

El cielo es el mar.
Voy a arrojar una piedra a los mares de esos cielos;
mi alma-piedra sin fin cayendo,
temblando
en su caer infinito.

*Cae, cae hondo, alma mía,
a las trémulas aguas de esos mares;
allí,
donde navegan el cóndor y las nubes de Colombia.*

Esta es la voz de mi asombro,
este el asombro y el canto que me sube hasta la boca:

«¡Padre,
yo no he visto cielos más hermosos que estos cielos.
Yo no he visto ave más hermosa que esta ave,
ni la luz más pura, reclinada,
sobre las altas y verdes laderas del mundo!».

Alabanzas

¡Alabanzas! ¡Alabanzas a los montes!
¡Alabanzas entre montes! ¡Entre ramas!
¡Entre tan poderosos ramajes de sombras y de bálsamos!

¡Alabanzas a los cedros y a los robles!
¡Alabanza a los árboles de tan fina madera
con los que están tallados los lechos
y las puertas de esta casa!.

¡Alabanza al iguá,
a la piel del iguá que muda en oro sus hojas
y caen en áurea lluvia en una tarde de viento!

¡Alabanzas a las flores del copé
que crece en tierras pobres
e inunda de lozanas fragancias
el mustio silencio de estos campos.

¡Alabanzas al portento de higuerón y de ceiba!
¡Alabanza a todos los árboles
que me son susurros melodiosos,
que arrullan y poseen, en las noches,
a las vírgenes morenas!

¡Alabanza al pájaro tijera que ondea por los cielos
como serpentina en la fiesta de los dioses!

¡Alabanza a la mirla y al toche!
¡Alabanza a todos los pájaros cantores
que comen pedacitos de papaya
en el cuenco de mi mano!

¡Alabanzas!
¡Alabanzas a la mujer más bella que han visto mis ojos,
para desgracia de mi corazón!

¡Alabanzas!
¡Alabanzas a la mujer que nunca será mía,
que nunca me amará!

Te amo

En la paz de los árboles del bosque,
en la piel del viento que acuna la hoja,
en el temblor de la hoja que cae del árbol,
te amo.

En el canto de los pájaros,
en el torvo vuelo hacia el hondo azul y su silencio,
en el sueño claro de mis ojos despiertos,
te amo.

Te amo lejos del ruido de las palabras
y del estruendo monstruoso de los días inútiles.
Te amo siempre en el murmullo amoroso de la dicha,
en el beso que te doy y me lo devuelves multiplicado.

Te amo en cada beso,
te amo cuando tomas en tus manos mi rostro
y se me ilumina el alma,
como el esplendor de estos campos
bajo tan bellos cielos.

Y hasta podría amarte en la catástrofe del mundo
cuando todos los hombres mudan el rostro
y muestran en carne viva las llagas de su miseria.

La muerte atroz podría venir con sus perros de soles
a devorar la paz de estos campos,
mas yo siempre te amaría,
te desearía tanto como el agua la boca del sediento.

Canción de Marleny

Escuchen todos la canción de Marleny,
la que se despioja en la baranda:

Si vas a la guerra, amor,
llévame contigo;
o tráeme un pedazo de tu muerte.
También yo quiero morir un poco.

Tráeme tu agonía,
tráeme tus dolores infinitos.
O llévame entre tus brazos,
por entre el oscuro fragor de la sangre
hacia donde cantan
y lloran los ángeles más crueles.

Déjame llorar tu cuerpo
que finge dormir sobre la hierba;
sobre la húmeda hierba
que han hollado sin prisa los caballos
déjame llorar tu muerte,
¡Oh amor y punta de lanza!.

Si vas a la guerra, vida de mi vida;
si vas cantando mis amores,
acuérdate de mí un poco.
No me dejes a la orilla del camino
por donde pase triste tu fantasma.
Acuérdate de mí, amor,
también yo quiero morir en tu sangre.

Canción del pescador

Estela de presa en reposo, de agua dulce de río,
barca a cuyos costados siempre pasa el agua,
como un coro de jilgueros transparentes,
entre ondas, entre argentados reflejos
de cielos y de soles.

Agua, estela de luz, de dulce canto de río
y de un hombre que dice, de pie, bajo el bello cielo:
*No hay remo más ligero que mi remo,
no hay barca, entre todas las barcas del muelle,
que cargue con tanta premura el peso
amoroso de tu cuerpo.*

Barca que se abre para recibir lo amado,
brazos de maderas que se abren al temblor de la carne,
humedad del cedro y de la brea.
Sobre la silente extensión del agua tu cuerpo respira,
mujer tendida de costado, suspensa en el olor del viento.
Sobre la alta cresta del viento una mujer enamorada
y un hombre que canta, inclinado sobre sus redes:

*Mi cansancio no será en vano.
En el seno de mis soledades se agita la argentada promesa.
Oh, pez, pez de alto vuelo, de fortaleza de pájaro que asombra,
movimiento fecundo del agua,
temblor de la vida entre las manos.
Pez, relumbre de sol sobre el lecho de húmeda madera,
así, como moribundo puede estar el corazón,
agonizar entre en la tibia presión de tus brazos.*

Y la barca avanza, apogeo de la luz a través del día,
piel que sabe a sol y a agua,
playa en cuyos caños anidan las garzas,
el blanco de la arena en el vuelo de las alas silvestres.

Por los curvos trechos del agua
va un hombre con soles en la frente.
Pero brilla más su corazón encerrado en su pecho,
adornado con las olas batientes de su sangre.
Por las claras ondas del agua, a trechos, el cuerpo respira,
saliva y sabia en el beso,
emanación del susurro que se ablanda en la boca,
como miel que se derrama al borde de los más ricos panales.

Oh, vinos, vinos que bebemos de pie, en las copas,
sobre alta marejada del viento,
así el amor libado con ansias, lejos, bajo la luna de cobre,
herrumbre del cuerpo y de la sombra.

Muelle amoroso que miramos desde lejos
y sólo el ansia alcanza.
Crujientes troncos de árboles podridos donde anidan las algas,
vapor, bocanada de aire que enrostra al recién llegado
y lo llena zozobra.

Muelle donde mi amor termina
como el agua al borde de la tierra firme,
donde el trabajo cesa
y la luna no alcanza sus mejores reflejos.
Mejor hundirse en la portentosa
marejada de la presa que respira,

como el cuerpo, ante el contacto furtivo de las bocas.

Noche de astros y de agua. Desnuda la piel en el agua.
Y un hombre que dice con la frente ceñida de estrellas:
*Vámonos, amor, lejos de los hombres ebrios en los muelles;
lejos de las copas rotas donde se derrama en vano la vida.*

Aureo reflejo, luna de tibia piel
en el fondo de mi barca.
En tus ojos ha caído un lucero
y desde el fondo de tus ojos relumbra la ternura.

Saliva, silencio fragante,
humedad de la brea y la madera.
En la bella noche cruza mi barca
con el peso amoroso de tu cuerpo.
Mañana, cuando salga el sol, volveremos a la orilla,
guardaremos el secreto del encuentro...

Agua de presa en reposo,
estela de río que se adentra en el agua,
y un hombre que canta, reclinado en la noche:
*Mañana, cuando salga el sol, volveremos a la presa,
cantará por ti de nuevo mi sangre...*

Promesa

Promesa

En las montañas, entre los árboles más jóvenes,
allí lo haremos.
Cuando caiga la noche y la luna de plata
cante sobre la cerca caída, lo haremos.

Allí lo haremos mientras el viento
barre las nubes pesadas
y cae a tus pies uno que otro lucero.
Allí lo haremos en la vastedad de las noches profundas
que mueve portentosos oleajes de hojas.
Allí lo haremos junto a los húmedos bosques;
lo haremos después de la lluvia,
aquí mismo sobre estos húmedos helechos;
lo haremos aquí o allá,
en esa ciudad lejana que hierve en la noche,
en una alcoba cuya ventana dé al cielo.

Y tendrás todo el verdor del mundo en un abrazo,
todas las aguas limpias de los arroyos en un beso.
Lo haremos limpiamente,
como dos guerreros dispuestos a la guerra;
dulcemente,
como dos niños que juegan al amor y se aman.

Lo haremos una y mil veces,
hasta que el cuerpo se desplome sobre las jóvenes hierbas,
hasta el fin,
hasta matar esta muerte,
hasta matar esta agonía que nos agobia el alma
y nos nubla los ojos de pesadillas y eternos problemas.

Lo haremos sobre los lechos de los ríos,
cuando los ríos recojan sus causes
y quede la arena blanca y ardiente,
poblada de bellas horas y de soles.

Lo haremos en los estanques de agua,
bajo la dulce penumbra de las cavernas;
lo haremos a la orilla de los caminos,
lo haremos a la entrada de las ciudades;
allí, en ese bosquecito de cedros,
detrás o recostados a los árboles más nobles.

Lo haremos porque te amo.
Lo haremos porque me amas y es tuyo y mío
el deseo.

Dos visiones sobre el gran río de la Magdalena

I

Huele el río en esta tarde,
huele a valle por la lluvia lavado,
a pasto de raíz arrancado,
a parcelas de sol, de arroz y veneno.

Huele a vaca,
a ojo, a piel, a leche,
a pata de vaca en la orilla.
Y huele a canoa delgada,
a corriente de agua sencilla.

Huele a mujer sentada en la arena,
los pies hundidos en el cauce,
los párpados cerrados,
la piel, para el deseo, morena.

Huele, huele a soledad y a calma,
a viento reventado entre las hojas
y a un querer irse entre las aguas,
a un querer no ser,
diluír en el río nuestra alma.

II

Sácame los ojos, córtame la lengua,
amárrame los pies y las manos
con alambre de las cercas caídas,
mas déjame arrullar en el fondo de tu cauce

al niño ahogado cubierto de escamas,
y al hombre sin ojos, sin dedos ni boca.

Déjame acomodarle sus cabellos de medusa,
hablar de su dolor bajo el agua,
montar mi brazo por el brazo de sus padres
y decirles al oído que aún los esperan.

Haz que ascienda desde el fondo
este olor a raíz profunda arrancada con la mano,
este olor a pez y a barro podridos,
este grito de tortura y cráneo relamido.

Sácame los ojos, córtame la lengua,
amárrame los pies y las manos
con alambre de las cercas caídas,
mas déjame llorar siglos, eternidades,
déjame que descanse un poquito,
déjame sangrar, un instante, por la herida.

Tumba

Cuando la noche sepulta al mundo bajo las sombras,
y como una bóveda de piedra cae sobre mí el silencio,
me muero de todas las muertes
y sólo tu amor me rescata de entre los muertos.

Sujétame duro en esta noche de tumba
en que tiritita la hierba torturada por el frío.
Háblame al oído mientras otro pronuncia mi nombre
como si emergiera de las grietas de la sombra.

La pesadumbre cabalga sobre mi estrella
y la ahoga en los vastos y oscuros reflujos del río.
Viene por mí la muerte con grito de pistolas
y me veo en el cadáver ensangrentado de tu hijo.

Háblame de ese hijo que balbuce en tu vientre
y de la flor que no se marchita ni destrozan las pistolas.
Háblame del futuro que alumbraba al final de la sombra,
y del grito en mi pecho, apaciguado por tu estrella.

Oración

De la porción de veneno que me tiene reservada el amigo,
líbrame, Señor.

Y libra a mi amigo del veneno
que a veces derramo en su vaso.
Porque todo querría ser en este mundo,
altivo rey o andrajoso mendigo,
mas nunca verdugo del ser a quien amo.

En los días portentosos de soberbias,
mantén mi corazón en la calma.
Que mi corazón sea barca firme en las tempestades;
y que cuando vengan los asesinos a apagar mi lumbre,
arda yo en carne viva,
y que mi lumbre no se manche
con crímenes horrendos ni tristes fornicaciones.

De las grandes soledades, líbrame Señor.
Dame una soledad pequeña a la que pueda yo sobrevivirle.
Líbrame de la angustia que engendra las ciudades
y del agobio de las gentes
perdidas en sus propios senderos.

Hazme único e irrepitible entre las multitudes
que se agolpan en todos los ocaso
y despiertan medio muertas en todos los amaneceres.
Que el amanecer sea siempre en mí el regocijo del sol
que abre con sus dedos los capullos.

Líbrame, Señor, del sacrificio de los relojes.
Que no me caguen los pájaros cada vez que pida consuelo;
que me bajen presto del madero de los relojes

y pueda yo soltar un hondo grito del alma.

Dame la gracia de gritar toda la podredumbre
que a veces se me acendra en mis adentros;
la desazón de todas las horas,
de todos los días en los que preguntar por la vida
es un crimen.

La vida me tiene reservada la muerte al final del camino.
No me desampares, Señor,
en el largo camino donde abundan las soledades,
y me asaltan, de improviso, los grandes dolores.
No desampares a este Cristo de los Relojes
que se niega a derramar su sangre
en la alcantarilla de los días poblados de miserias.

Cuídate

Cuida de morir antes de tu muerte...

Temblor de cielo. Vicente Huidobro

Cuida de morir antes de tu muerte,
al abrir la alacena
donde las cucarachas esconden su pedazo de vida;
o al comer pescado
entre amigos que no tienen hambre
y te miran a ti hambriento,
apurado en llevar el alimento a la boca.

Cuídate de no caer en la calle,
entre automóviles y hombres que son lo mismo.
Podrían llevarse un pedazo de tu brazo,
pero sobre todo,
te harían morir antes de tu muerte.

Cuídate de morir antes de tiempo,
en un descuido,
cuando das tu corazón a la más bella de la fiesta
o al negarlo al más feo de los hombres.

Cuídate y no te fíes
de los lisonjeros que socavan tu vientre
y te preñan de angustia y de zozobra.
Acaso un amante bello
sea la piedra sobre la cual se erige el infierno
con todas sus mezquindades de amor
vestidas de entregas.
No mires a los ojos de la muerte
en los ojos de tu amante.

Cuídate de los comerciantes que pregonan
la panacea de la vida;
la vida es bella porque llega a su muerte
naturalmente cuando el cuerpo decae.
Pero hay muertos que aún siguen vivos,
aunque sus cuerpos yazcan en tumbas envejecidas
y mujeres de noviembre lloren su abandono.

Cuídate de morir antes de tu muerte
por prestarle la vida a un corsario
o a un billete de mil entre otros cientos;
o a una loca apariencia,
a una lisonja venida de tu amigo,
de tu padre que quiere sólo lo bueno para ti
y engendra en sus adentros
todas las frustraciones de su vida.

Cuida que tu carne no se descomponga
y te caigas a pedazos cuando aún puedes
permanecer en pie.
Que el hedor de tu carne descompuesta
no nuble los días de sol
ni empañe el agua cristalina en donde se contempla
tu vida poderosa.

Cuídate.
Hay tantas formas de morir y no darse cuenta.
Hay tantas horas en las que acecha la muerte.

Que no te digan:
Has matado al niño que tú fuiste,

*has matado al adolescente que soñaba
con amores y glorias;
has matado al hombre que empezó con un sueño
y terminó sumido en el limbo;
has matado el ardor de tu sangre,
el ardor que cantaban las mujeres;
has matado la soberbia de tu cuerpo,
has matado la dulzura de tu alma
y ahora andas fingiendo,
judío errante entre cientos de judíos,
la sonrisa que ya no es tuya,
las palabras que ya no te pertenecen,
los brazos que has comprado en una tienda,
las piernas que se entrelazan entre otras piernas
y no son menos artificiales que las tuyas;
el ombligo por donde llegaste al mundo,
lo has reemplazado por una rosa blanca
y sin olor.
Es mejor oler a fango, a tierra húmeda y fértil,
que oler tus perfumes, tu aliento descompuesto.*

Cuídate, ahora que hay tiempo para parar
y pensar en la vida.
Ahora que no te niegas a ti mismo.
Llegarán días, oh Dios, en que te burlarás de
mis palabras
y harás mofa de tus antiguas creencias.
Para entonces será demasiado tarde:
habrás muerto antes de tu muerte.

Dos amantes fugitivos y la noche

Dos amantes fugitivos y la noche,
hierro y labio machacados con sangre,
dolor que golpea la frente y rompe la roca...

Ay, dadme una pausa, un silencio,
un respiro de princesa que muere,
un leve roce de cortina que se levanta,
al aire, al aire, al viento.

Dadme la daga que mató a la muchacha
que cantaba un amor oscuro en su lecho de virgen
y la esperanza de un amanecer en las sombras,
una luz, una luciérnaga que estalla
y rueda como bola de fuego por el mundo.

Dadme, dadme la paz, el armisticio entre las guerras.
Y lanza lejos de mí la furia de las gentes,
derrumba la ciudad armada de cuchillos y fusiles,
la mirada airada de Dios,
y tus ojos agolpados, tristes, yertos.

Dadme la pausa, padre,
la oración del condenado,
la compasión del verdugo antes de bajar el hacha.

Dadme, dadme el instante
en que soy y no soy de este mundo,
la eternidad en que sonrío y confieso mi falta,
la rebeldía que rompe su capullo de piedra onix,
y sangra, mientras mi cabeza, por tu gracia,
rueda por el suelo.

Señor del silencio

Señor del silencio,
Señor Dios de la hoja
que habla
cuando sopla el viento.

Señor Dios del árbol,
de la raíz,
del tronco,
del ave en la distancia
y su cielo.

Señor Dios,
ten compasión de mí,
salta sobre mí pecho,
desgarra mi garganta,
bebe mis sesos.

Señor Dios,
vacíame de mí
y lléname todo de ave,
de tierra,
de viento,
de cielo.

Que muerto de mí
crezca sobre mí el pasto.
Que muerto me quepa
en el alma
todo tu silencio.

Mediodía

Poseo, bajo este árbol de pomorrosos,
un lugar en el corazón del mundo.
Un lugar de retiro
en el silencio de las tierras y el verano.

Poseo un temblor de placidez en este mediodía
y la certeza de estar vivo y triste,
como este viejo pomorroso
que extiende bajo el cielo su ramaje de sombras.

El viento viene tibio por encima de los pastos,
viene y como un mar me cubre,
cubre con su espuma de polvo y hojas secas
mi cuerpo robusto de treinta y tres años.

Yo estoy triste.
Yo pienso en Julio, asesinado por ladrones.
Yo pienso...
Julio muerto me sonrío desde el otro lado de la cerca.
*¡He venido,- le grito-, a hablar contigo al mediodía,
a escuchar tu voz viril en medio de los campos...!*

Fiestas santas

Tengo un dolor en estas fiestas santas,
un dolor ahogado en el tumulto de las gentes.
Un dolor de saber muerto al que amo
y de recordarle, sin tregua, en todos los instantes.

Tengo un dolor mientras se bendicen los cirios
y pasa el cura,
como Cristo, por encima de los ramos.
Un dolor en los castillos,
en los juegos pirotécnicos,
o en la *Vaca Loca* que corre por la calle
y hace gritar, de alegría, a todos los infantes.

Tengo un dolor,
un dolor callado que nadie escucha en medio del tumulto.
Un dolor de recordarle vivo junto a una muchacha,
comiéndose un helado
o sosteniéndole el cigarrillo al viejo polvorero.

Tengo, por este costado del pecho donde sangra Cristo,
la sensación de no comprender el mundo
de no saber en dónde y cuándo muero,
en qué instante y por qué razón matan a los amigos.

Lluvia

I

Hoy hay una estela de palabras
que se quedan en las cosas,
un fulgor de sílabas monótonas en esta hora del día.
Y hay, afuera, sobre la calle húmeda,
rumor de muchachos que juegan a la pelota,
risas bárbaras, injurias blandas
y otra vez la lluvia.

Hoy trompean pájaros ciegos en la punta de mi lengua
y estoy callado y triste, monótono,
como un radio que diese la misma noticia
desde las altas horas de la noche.

Hoy me adormece tristemente la lluvia,
el agua que cae sobre la techumbre del mundo.
Allá fuera juegan a la pelota
y la pelota va y viene y me golpea el alma.

II

Llueve en los confines del alma
una lluvia suave y queda como llanto de mujer.
Y yo ya no sé si soy mujer u hombre, no lo sé.

La montaña se desliza,
húmeda y pulposa, toda llena de vegetales.
La noche curva,
el viento incisivo en una hoja, persistente,
como un dolor infinito.

¿Quién podría ayudarme en esta hora?
¿Quién me tomara duro de la mano
para no caer al vacío?

(Nadie.

Ni tus padres ni tus hermanos,

Ni tus amigos ni tus amores te podrán ayudar)

Llueve en los confines del alma
una lluvia suave y queda como llanto de mujer.
Y yo ya no sé si soy mujer u hombre,
No lo sé.

Nocturno

Te toco con la voz el alma,
niña de piel y llanto.
Trémula en la yema de mis dedos
semejas el temblor del agua.

¿Qué noche de estrellas o luna,
qué aire de rama florida, qué hierba,
qué árbol emana de ti tanta paz
y abre tus puertas clausuradas?

Solos tú y yo en las sombras,
en el aire, en la luna, en las estrellas,
somos uno solo sin palabras,
sin frases cordiales,
sin «*Buenas Noches*» aciagas y ciegas.

Solos y el silencio enlazando nuestras almas,
el silencio y el suspiro,
el suspiro o el ala de aire perfumada
que nace en tu pecho y sale por mi boca.

Será acaso la desnudez del mundo,
en nuestras almas, esta noche, desnudadas
de peso, de dolor, de hastío.

O el corazón alzado en fuego, del santo,
de la virgen fría, muda y pálida;
ay, el corazón atravesado
por el amor del cielo que con dulzura hiere
y queriéndome matar y yo morir
no me deja vivo pero tampoco me mata.

Yo prefiero pensar simplemente que te amo
en esta noche como tantas otras, callada,
y que por un instante olvidaste tu Yo de ira y miedo
y por un instante, ay, amor, descubriste que me amas.

El Otro

Sé del dolor de un hombre ahogado en una pena
como una estatua muda en el fondo de un lago.

Y la vida allá afuera aullando como el viento.
La vida, gritando por las calles oscuras y las hojas.

Sé de una noche llena de tu ausencia,
pero más que de tu ausencia, de las caídas del alma.

Sabe este corazón de la tristeza ajena,
sabe bajar los párpados y llorar por la pena ignorada.

Acaso sea el hambre y el frío en esta noche de invierno
del mendigo sin amor que solloza en mi alma.

Acaso sea la muerte del Otro que me acosa,
cuando no está tu voz, espantándome la tristeza.

Sé de una noche en que es fértil tu ausencia,
para morir por ti y sufrir y llorar por la muerte ajena.

Mis pensamientos en tenaz fuga

Mis pensamientos en tenaz fuga,
por el cóncavo universo de mi cráneo,
silban, golpean, se retuercen
y hacen saltar al monstruo que devora mi alma.

Mis pensamientos, estruendo y miedo,
cataclismo de mil casas derrumbadas,
mil navajas afiladas
callejas oscuras y sin salida,
gato negro, cuchillo ensangrentado,
pifiar de caballo,
serpentino rayo que vuelve el ojo ceniza.

Y la noche, oh la noche, en calma:
silencio de rosas y de mirto;
la noche ajena a mi tormento;
la noche que me llama,
la noche, suave cuerpo entre los linos
y sedas y lechos y pieles sonrosadas.

La noche sorda: ¡Bienaventurada!
La noche eterna... y yo perdido,
postrado, aterido,
atorado en el reducto vacío de mi cráneo.

Para amarte

Para amarte en descampado, libre de todo ojo humano,
he venido por encima de las aguas,
sorbiendo palmo a palmo el aroma de tu cuerpo.

Para amarte a la orilla de los grandes ríos,
de las grandes presas bordeadas de blancas aves,
he venido como tronco entre corrientes,
dando tumbos, de orilla a orilla,
hasta las serenas aguas de tus brazos.

Para amarte,
cuando ya no queda otra opción en el mundo,
otro pensamiento,
otras imágenes que golpeen con tanta rudeza las sienas
he venido.

Y he venido desnudo y descalzo,
pisando tus huellas sobre la arena,
sin armas para defenderme
contra el ampuloso vasallaje de tu amor.

Porque la vida se me escapa como la luz entre las manos,
y ya no hay opción de retroceder en el tiempo,
deshacer los antiguos errores,
he venido antes de estar viejo
para no avergonzarme delante de tus ojos.
He venido con la piel aún rozagante de aceites y de agua,
surcado por un hondo temblor de hoja, mecida por tu llanto.

Porque te amo y no hay forma de no amarte,
a pesar de mis errores,

a pesar de los hondos dolores con que la indiferencia
nos prueba en el tiempo.
He venido obedeciendo el llamado de la sangre,
del corazón que golpea y duele duro en el pecho.

He venido porque al final no hay nada que perder,
porque a tu lado todo lo he perdido,
y sólo hay oportunidad de recobrar mi vida
con una sola palabra tuya.

Balada sonámbula

Tómame o déjame,
rómpeme el corazón con un beso.
Lánzame una palabra filosa,
la que quieras,
de esas que sueles fabricar con rencores
y silencios.

Salte el prodigio en que te acunas,
labios de seda, rojos y fragantes.
Tú, fruta madura en llamas encendida,
alta torre devorada por el fuego,
bello altillo donde corro a refugiarme,
mudo altillo donde siempre silba el viento
y me empuja, en la soledad, al vacío.

Tómame o déjame,
rómpeme el corazón con un beso.
Yo soy un hombre lleno de distancias,
agobiado de escombros y de gritos.
Cobíjame tus carnes,
arrúllame el palpito de tus senos.
Tenme listo un vaso de agua honda,
y la esperanza cantando en los umbrales.

Espérame en los umbrales de las casas
con los brazos abiertos.
Resplandezca mi nombre pronunciado
por tus labios,
y la profusas mesas servidas,
y los lechos tibios y suaves
donde he de acostarme.

Tómame o déjame llorando.
Rómpeme el corazón con tus besos.
Barca, bandera enarbolada en el alto mástil,
temblor del viento en mis cabellos.
Yo fui, yo alcancé la cumbre de la gloria
y ya en la gloria me sentí solitario.

Marino contra los amplios velámenes del cielo;
marino, tú vuelves triste y desolado,
hondo y anchuroso,
carcomido de vacíos y tristezas.
¿Dónde está la tierra firme,
el firme puerto donde poner mi pie de mares?
¿Dónde la mujer que se abre ante mis sueños,
el anhelado puerto poblado de tibieza?

Tómame o déjame, qué más da.
O rómpeme el corazón con un beso.
Ya no renace la hierba pisada
ni mis pasos en ti tienen ecos.
Atila descorazonado rompiendo las distancias,
montado sobre el lomo opulento de su bestia.
Atila moribundo de sudor y de sangre,
gritando en la batalla su dolor y su tristeza.

Déjame solo,
que no me roce tu mano amorosa.
Que no me cures la frente con tus besos.
Bárbaro de soberbia y de muerte,
déjame morir, monstruo amado,

bello e insigne.
Por ti tengo el corazón roto
y un vacío de desesperanza en la mirada.

Tómame o déjame,
rómpeme el corazón con un beso.
¡Qué más da!
Sólo vine a traerte este manojito de flores
que brotan sobre los rojos campos de batalla.
Y esta negra fruta que maduré por los caminos,
la fruta de las ansias siempre renovadas.

Sólo vine a traerte esta sonámbula balada,
como sonámbula por ti es mi vida;
sólo mi voz ante tu puerta,
atormentada y ronca,
llena de odio y de ternura.

Indice

A

Aquí yace mi perro 15

B

Balada sonámbula 62

C

Canción de Marleny 35

Canción del agua 27

Canción del cielo azul 29

Canción del pescador 35

Canción del verde 12

Canta el toche 14

Cantan las ranas 19

Cuídate 47

D

Dos amantes fugitivos y la noche 50

Dos visiones sobre el gran río de la magdalena 42

E

El cucarachero 13

El otro 58

Era el viento... 16

Este sueño de hojas blandas 26

Exhortación del anciano venerable 17

F

Fiestas santas 53

H

Háblame con tu voz de hojas suaves 11

Hay una mujer 8

I

Invocación 24

L

La acequia 23

La noche es vasta 22

Lamentación del hermano 21

Lluvia 54

M

Mediodía 52

Mis pensamientos en tenaz fuga 59

N

Nocturno 9, 56

O

Oración 45

P

Para amarte 60

Promesa 40

R

Relación de los hijos del bosque 6

S

Señor del silencio 51

Si se cae una hoja en la noche 18

T

Te amo 33

Tumba 44

Antología de Jader Rivera Monje,
se terminó de imprimir el día 12 de Enero del año 2006
en los talleres gráficos de la Editorial Arquitrave en Bogotá, D.C.
y fue encuadernado a mano por Ricardo Aguirre Piñeros.

Los libros de **Arquitrave** Editores

Entre nuestros autores figuran

Carlos Drummond de Andrade

Affonso Romano de Sant'Anna

Harold Alvarado Tenorio

T.S Eliot

Carlos Jiménez

Ferreira Gullar

Paulina Vinderman

Charles Baudelaire

Montale, Ungaretti y Quasimodo

Du Fu

Manuel Bandeira

Lawrence Ferlinghetti

Elkin Restrepo

Konstandinos Kavafis

Li Bai

Alberto Da Costa e Silva

Rowena Hill

Jader Rivera Monje